

Gánsteres y prostitutas

En una entrevista a *The Guardian*, Stanley Kubrick decía hace ya algunos años que las grandes naciones se comportan siempre como gánsteres, y las pequeñas, como prostitutas. Ignoro el sentido con el que lo diría, porque he conocido la frase extraída ya del contexto, pero su aplicación al terreno de la tecnología adquiere a mi entender cada día más significado. Las grandes naciones intentan, por todos los medios a su alcance, imponer su dominio en unas determinadas parcelas al resto de sus vecinas, y las pequeñas, incapaces de plantear sus propias estrategias, venden sus favores al mejor postor importándoles poco lo que pueda ser de ellas en el futuro.

Uno de los temas más controvertidos en los últimos años, no sólo en nuestro país, sino también en muchos otros e, incluso, en grandes bloques de países, como puede ser la Comunidad Europea, es el de qué estrategias deben plantearse ante todo el conjunto de tecnologías que vemos desarrollarse a nuestro alrededor. Hay un hecho claro que todos reconocen y es la absoluta imposibilidad de que un país de nivel medio sea capaz de abordar, con igual énfasis, a todas ellas. De ahí nacen los planes nacionales, las prioridades que sus contenidos marcan. Hasta aquí no existen apenas discrepancias. El problema surge cuando se llega al momento de decidir qué enfoque se da a esas prioridades y cuál debe ser su objetivo último.

Hay en ese momento dos posturas que casi son antagónicas, porque responden a dos diferentes formas de entender el presente. Por la una se miran las grandes cifras macroeconómicas y la situación actual. Por la otra, los resultados parciales y a qué pueden conducir en el futuro. En la primera el objetivo es la mejora de las condiciones existentes hoy, y en la segunda, cuáles pueden ser las de mañana.

Estos dos planteamientos recuerdan en cierta forma, aunque sea un poco exagerado llevar la semejanza a sus últimos límites, a dos protagonistas de la literatura y la ciencia últimas. El primero trae a la memoria la célebre frase de Orwell, en su 1984, cuando dice eso de que "Quién controla el pasado, controla el futuro. Quién controla el presente, controla el pasado." El segundo podría tener semejanza con planteamientos básicos de la Teoría de la Complejidad, mediante los que se establece que cualquier pequeña perturbación al inicio de ciertos procesos puede repercutir de manera drástica sobre el resultado final. Es lo que también se conoce como *efecto mariposa*, ya que llega a decir que el simple movimiento de las alas de este animal podría alterar, al menos en teoría, las condiciones iniciales del sistema atmosférico, y dar lugar a evoluciones climáticas muy diferentes en

instantes posteriores. Como es evidente, tanto este hecho como la frase anterior son demasiado teóricos para llegar a ser verdad. Pero como toda exageración, tienen también algo de verdad en ella.

Hay muchos que se preguntan hoy qué sentido tiene el embarcarse en intentar conseguir un cierto nivel en algunas tecnologías, cuando la situación que han alcanzado en otros países está muy lejos de poder ser lograda con facilidad. Si no será preferible comprar ya la tecnología hecha y, con su ayuda, mejorar otros entornos más rápidamente. En una palabra: renunciar a tener tecnología punta propia para poder alcanzar un nivel general digno.

Como continuación al proceso anterior se indica que, si se consigue avanzar hasta una posición destacada, vista desde un punto de vista macroscópico, desde ella se puede con mayor facilidad acometer la empresa de conseguir un puesto destacado en algún otro sector. Sería como asentarse primero unos cimientos sólidos y, desde ellos, construir luego el edificio propio.

Más la situación con la que se iniciaban estas líneas, de unas grandes naciones que a cualquier precio imponen sus leyes, puede hacer dudar de que este planteamiento sea el correcto. En muchas circunstancias puede ser aconsejable realizar los tratos teniendo algunas monedas de cambio. No puede sólo aceptarse lo que diga el otro sino que, al mismo tiempo, hay que hacer constar que también se dispone de algo. O lo que es lo mismo, que en algún segmento se posee una cierta primacía. O que para desarrollarlo no se depende tan sólo de lo que el otro pueda proporcionar. Si no se diera esta situación, el grande, el poderoso, impondrá siempre sus condiciones y siempre se irá a remolque de lo que éste permita hacer.

Parecería, pues, aconsejable que, de una manera clara, se formularan líneas de acción en las que, intentando hacer el mayor esfuerzo posible se consiguiera una posición destacada dentro del entorno en el que se moviera el país considerado. O lo que es lo mismo, y entrando ya en el terreno que aquí nos ocupa, que se pudieran señalar unas ciertas áreas de unas determinadas tecnologías en las que la posición que se ocupa fuera respetada por los demás. No quiere decir esto que se pretenda acceder a un puesto destacado en toda una tecnología punta. Eso, en un país de nivel medio sería impensable. Pero sí que en algunas parcelas de ésta se disponga de las técnicas que permitan no depender al 100 % de lo que los otros hacen. Y que, al mismo tiempo, estos otros reconozcan que al menos algo se hace tan bien como lo pueden hacer ellos. Esa es la única manera de poder llegar a un diálogo en unas condiciones de me-

nor desigualdad. Podrá ser simplemente el saber cómo tallar monocristales con la más alta precisión, o cómo hacer encapsulados que resistan condiciones ambientales más extremas, o cómo tratar el cuero para que resista mejor la lluvia. Cualquier tema puede ser adecuado para configurar en él una estrategia de verdadera competitividad. Lo que no puede hacerse es mantener una posición siempre de segundón en todo y en todo depender de lo que hacen otros.

Es obvio al mismo tiempo que, por asegurar esto, no hay que olvidar el resto de los temas. Es preciso mantener siempre un caldo de cultivo que permita, en un determinado momento, imprimir un acelerón en un segmento no considerado primario anteriormente. Las prioridades no deben ahogar a lo cotidiano. El resultado inmediato no debe hacer olvidar la planificación para el futuro.

En paralelo con lo anterior, es preciso recordar también que el mantener una balanza de pagos desahogada en un momento, no debe impedir el analizar sobre qué bases se ha conseguido. Es preciso ver si su estado depende fuertemente de la situación exterior o podría mantenerse en el mismo nivel aunque las condiciones del resto de los países variasen. Que la influencia de un año con sol o un año lluvioso sea tan sólo mínima. Que, en fin, no se concedan sólo favores a los vecinos para que trasvasen parte de su prosperidad, sino que también esa prosperidad sea propia.

Si quisiéramos hacer razonamientos como los anteriores referidos a nuestro país, nos surgirían de inmediato algunas preguntas que tienen difícil respuesta. Una puede ser la de en qué segmento productivo se encuentra España en condiciones de hablar de igual a igual con algunos de los países más avanzados.

Otra puede ser la de cuál ha sido el sector científico-técnico-industrial en el que ha fijado claramente una cierta posición y en ella se dispone a presentar batalla. Otra puede referirse a qué áreas tecnológicas son las que se están beneficiando de la relativa bonanza de circulación de fondos que vemos a nuestro alrededor. Y otra, finalmente, la de qué provecho se obtiene del asentamiento en nuestro suelo de grandes firmas o grandes capitales extranjeros. El dinero parece que fluye a nuestro alrededor con relativa facilidad, pero ¿cuánto de él quedará dentro de unos años? ¿Cuánto de lo que se ha multiplicado con solares y edificaciones se ha invertido en una cierta tecnología propia? Las preguntas podrían seguir durante largo tiempo por este camino. Las macrocifras son aceptablemente favorables, pero ¿se están aprovechando para asentar las micro? Quisiéramos pensar que sí.